



#### REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porté.

AÑO 2.º—NÚMERO 34.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

#### PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

#### SUMARIO:

El Jugador, por D. Antonio Morales Durán.—Una herencia de llanto, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Himno á la Divinidad, poesía por Don Juan Arolas.—Solo un Dios y solo un culto, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Una Imagen de la Virgen.

### EL JUGADOR.

#### LEYENDA.

##### I.

Entremos en la antigua casa de juego de la calle de X, que es uno de esos centros de perdicion donde el hombre suele olvidar hasta lo más sublime, lo más santo, á la vista del oro que le habla en su ambicion: donde se padece la horrible fiebre del vicio; donde se alimentan risueñas esperanzas; donde llora el corazon lágrimas de fuego que le arrancan los desengaños.

Mirad alrededor de esa mesa una multitud de jugadores que rien, que gritan, que maldicen, que amenazan, produciendo un ruido infernal hasta el instante en que el banquero exclama: *Juego*: á cuya palabra enmudecen todos los lá-

bios y palpitan con violencia todos los corazones.

Fijemos nuestra vista en aquel hombre alto, delgado, pálido, como de treinta y cinco años de edad, que pone sus últimos veinte reales á una carta. ¿No es verdad que sus ojos parece como que quieren saltar de sus órbitas, y que su arrugado entrecejo revela sus sufrimientos? El traje de ese individuo es demasiado pobre; hace frio y no tiene capa ni otra prenda análoga con que abrigarse. Tiene el sombrero abollado, la camisa sucia, el chaleco descosido y más que raida la levita.

¡Desgraciado! se retira triste, sombrío, después de haber perdido las cinco pesetas. ¿Á dónde irá, qué pensará hacer, quién será ese tipo? Sigámosle á cualquiera parte que se dirija, no desmayemos en nuestro intento; ¿quién sabe si vamos á presenciar un drama ó á conocer una historia!

Ya ha abandonado la *timba*, y con las manos metidas en los bolsillos del pantalon, el sombrero echado á la cara y la cabeza inclinada sobre el pecho, como el que medita la resolucion de un problema, camina apresuradamente por la calle de Alcalá; llega á la Fuente de Cibeles, deteniéndose



un momento, y emprende de nuevo su agitada marcha que termina allá á lo último del Barrio de Salamanca, frente á una casa de buen aspecto.

Observemos: ahora ha abierto la puerta de esta, ha quedado dentro echando la llave. Vámonos detrás de él, espiondo cuanto haga.

Lo menos ha subido noventa y pico de escalones y se ha internado en un miserable chiribitil que se llama buhardilla.

Apenas ha entrado en ella, cuando le sale al encuentro una mujer de mediana estatura, de negros y rasgados ojos, esbelto talle y rubios cabellos, acompañada de dos niñas preciosas cual dos serafines.

—¿Qué te sucede, Pedro? por qué vienes tan melancólico? exclama esa mujer con cariñoso acento.

—No tengo nada, déjame, responde bruscamente el interpelado como si el serlo le importunara. Y haciendo abstracción completa de las pequeñuelas que lo miran sorprendidas, y de todo cuanto le rodea, déjase caer en una desvenecijada silla, oculta su rostro entre las manos y márcase en su semblante una espresión de indescriptible amargura.

—Me molestais, gritó el jugador, encarándose con la familia. Desaparece ésta y quédase solo. Nó, hemos dicho mal: acompañado de sus lúgubres pensamientos, de los crueles dolores que destrozan su pecho.

Trascurre una hora y al cabo de ella llama á su esposa y le habla desesperado, pero humilde como el criminal que se acusa ante el inexorable juez.

—Voy á revelarte todos mis proyectos, á comunicarte todas mis ideas, pero ruégote que retengas siempre en tu memoria cuanto he de decirte.

Y despues de echar una mirada escrutadora por la habitacion en que tenia lugar la escena que describimos, cual si temiere que alguien pudiera escuchar sus frases, una vez convencido de lo contrario, dijo:

—Educado en la opulencia no pensé desde niño en otra cosa que en el fáusto y la disipacion, y abandonando los libros de estudio que me molestaban como era consiguiente, pues que me precisaba fijar en ellos mi atencion, separándola de las futilidades que constituian mi encanto, me entregué despues en la juventud á toda clase de vicios. Yo, como otro D. Juan Tenorio, no creía en la virtud de las mujeres que hallaba en mi camino, ni respetaba los consejos de mi padre, ni atendí jamás las reflexiones de mi madre, ni las amonestaciones de las personas que verdaderamente se interesan por mi suerte. Pa-

saba la vida en las casas de juego, que han sido mi ruina; en los teatros, en los cafés; sin conocer más placer que el de los sentidos; derrochando el dinero con seres miserables que me adulaban, y hundiéndome en el cieno del libertinaje.

Tal era mi conducta, cuando tuve la dicha de conocerte. Entonces varió mi situacion; me encontré de repente en un mundo más bello que en el que antes habia vivido, respirando más pura atmósfera.

Yo, que me habia burlado del amor, le rendí tributo. Te amaba con locura, con frenesí, y soñaba en el instante en que el sacerdote bendijera nuestra union, en que el sagrado lazo del matrimonio nos uniera para siempre. Llegó por fin el anhelado dia, y bien sabes tú cuán inmensa fué la felicidad que disfrutó mi alma.

Mas ¡ay! el juego me dominaba: en vano luché con ese enemigo maldecido; tuve que someterme á su tiránico poder. Poco á poco mi caudal fué disminuyendo, y pronto no tenia más que lo imprescindible para pasar con decencia. Propuse de nuevo enmendarme, pero no pude conseguirlo.

Pasaron algunos años y apenas si tenia ya de renta ocho mil reales, cuando en mejores tiempos habia ascendido esta hasta catorce mil duros. Padre y marido, mi deber era agenciar para mis hijos y mi esposa, y no dilapidar la escasa fortuna con que contaba, entre la inmunda turba de vicios, con los cuales habia pasado por desgracia, la primavera. ¡Cruelles, horribles fueron mis remordimientos! habia labrado el infortunio de una mujer que me amaba apasionadamente: robaba á mis vástagos, pedazos de sus entrañas, lo que en justicia les pertenecía. Quise trabajar para ganarme un pedazo de pan como un hombre honrado, y me encontré que era un miserable. No tenia ninguna carrera científica ni literaria, ni arte, ni oficio alguno: era un ser inútil y depravado. La voz de mi conciencia gritábame sin cesar: «Infame, es así como cumples la obligacion que has contraido para con Dios y ante la sociedad?»

El cielo me ha castigado, y voy á espiar el crimen que he cometido: mañana no tenemos para comer. ¡Oh! he sido un imbécil, un malvado y nadie se compadecerá de nosotros. Todos miran con repugnancia y hasta con horror al infeliz que se halla en mi situacion; y por lo tanto no encontraremos quién nos socorra. El casero nos arrojará de este zaquizamí; y tendremos que dormir en un portal: y nos veremos precisados á pedir limosna para no morirnos de hambre; nuestros hijos llorarán ateridos por el frio, y nos



pedirán un pedazo de pan que tal vez no podremos darles.

—Por compasion, Pedro, no te desesperes, exclamó la pobre Ángela, llorando amargamente. No faltará un amigo que nos tienda su mano cariñosa: no ofendas á Dios dudando de su misericordia infinita; él acogerá benigno mis ardientes preces y perdonará tus faltas al ver tu arrepentimiento.

—¡Oh, Ángela, ese Dios justo no puede dejar impune mis delitos, y no hallaremos un amigo que mitigue nuestros pesares.

—¡Desgraciado! siente tu corazon el hielo del escepticismo. ¿Qué vá á ser de tí al padecer, si pierdes la esperanza?

—Tienes razon, mas una larga esperiencia me ha hecho conocer la condicion humana y estoy convencido de que en este valle de lágrimas todo es miseria, vanidad, mentira.

Hubo un instante de silencio por parte de ambos cónyuges, interrumpido por el jugador que dijo:

—Ahora recuerdo, que Enrique del Villar, quizás el único hombre que me ha profesado verdadera amistad, es comerciante en Paris. Voy á escribirle pidiéndole que me admita en su establecimiento en calidad de dependiente.

Él comprenderá mi infortunio y se apiadará de una pobre familia que gime sin consuelo.

—Pedro, antes de recurrir á ese medio, pretende en Madrid algun destino; búscate colocacion, que en la corte podemos vivir todos juntos, y en cambio nos sería imposible acompañarte á la capital de Francia, por que no tenemos ni un céntimo para emprender hácia ella nuestra marcha.

—Nunca me quedaria en Madrid; aquí me conocen, y mis antiguos compañeros en el vicio me señalarian con el dedo diciendo á todo el mundo. «Ese es un derrochador, un miserable que ahora es honrado por que no puede ser culpable.» Estaria espuesto continuamente á los insultos de unos, á la mofa de otros y sería el blanco donde fueran á elavarse las envenenadas flechas de mis enemigos.

Ángela, es necesario tener valor para separarnos. Si me quedo en Madrid, se empeora nuestra posicion, y si me voy á París, podré gozar de alguna tranquilidad y ostentará altiva mi frente, por que podrá decir la gente: «Es un horterá honrado:» pero nunca han de tener motivos para exclamar: «Es un jugador perdido.»

Largo rato discutieron Ángela y Pedro el proyecto de éste, y por último acordaron escribir al consabido comerciante, sin pérdida de tiempo, haciéndole detallada relacion de las tristes cir-

cunstancias por que atravesaban, suplicándole á la vez que contestase á la misiva tan pronto como sus ocupaciones se lo permitieran para saber á qué atenerse.

Llevaron á cabo los dos esposos, la resolucion que tomaron, y á los pocos dias obtuvieron la anhelada contestacion, que si bien les fué favorable, no es menos cierto que dió lugar á desagradables accidentes.

La carta de Enrique, en extremo lacónica, se reducía á ofrecer á Pedro su proteccion y á hacerle ver la conveniencia de que emprendiera su viaje á París á la mayor brevedad, asegurándole que si era honrado y trabajador no le habia de ir mal en su establecimiento.

Recibir el jugador la epistola de su amigo y pensar en marchar á su lado fué cuestion de un instante; pero pronto comprendió la dificultad de realizar sus deseos porque no contaba con la cantidad necesaria para emprender el anhelado viaje, y lo que es aún mas penoso, tenia la conviccion de no encontrar una persona que se la facilitase.

(CONTINUARÁ)

Antonio Morales Durán.

## UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(CONCLUSION.)

Carlos, que todo lo ignoraba, pero que veía el nombre del señor de Enriquez pronunciado una vez y otra allí, exclamó trastornado por la sorpresa y casi fuera de sí:

—Pero ¿qué quiere decir todo esto? qué quiere decir? explícate, Margarita.

—Oh! es una historia muy larga, una historia pasada que en este instante no puedes comprender; pero todo te lo diré, todo te lo diré despues.

—Y tú, cómo sabes...?

—Por esta niña primero, luego por un instinto de mi corazon y por esta cruz que siempre he llevado al pecho, con una inscripcion que hasta hoy no he comprendido: la cifra del nombre de mi madre y el nombre mio, bajo una corona de conde.

—Á ver, á ver! exclamó Armando aproximándose tambien. Sí, eso es, Emma y Arabela. Oh! hermana mia, hermana mia!

El jóven abrió sus brazos, y Margarita se precipitó en ellos con toda la efusion de su alma, tierna y amante.

Armando alzó la frente, enjugó una lágrima que tamblaba en sus pestañas, y tomando á su



hermana de la mano, se acercó con ella á Doña María, y la dijo conmovido:

—Señora, perdone V. los temores que la he causado, y sirvame de disculpa que ayer era muy desgraciado, y que he sufrido mucho también.

—Oh! ya dije á V. que rogaria á Dios por su ventura! contestó la noble anciana.

—Y tú, Adriana, me perdonas también?

—Armando! murmuró la jóven fijando al par una mirada en él; pero una mirada que era todo un poema de ternura.

—Esta niña, añadió él acercando á Margarita, esta niña no tiene familia alguna en la tierra, ¿quieres ser su hermana?

—Oh! sí, exclamó Rafael con anhelo; sí, Adriana; sí, madre mia, esta es la hija que para V. habia escogido mi corazón.

Armando comprendió á Rafael y murmuró tendiéndole la mano:

—Al enemigo de ayer reemplaza el hermano de hoy, porque lo seremos, no es verdad?

—El cielo parece que quiere ligarnos doblemente con el amor de dos ángeles; respondió éste solamente.

—Á los ángeles toca ser encargados de alcanzar misericordia; dijo una voz dulcísima y lenta, la voz de Andrea que tendia sus manos suplicantes á Margarita y á Adriana.

—Armando, exclamó la primera; Armando, es preciso perdonar.

—Tú también!

—No en valde he pasado tantos años siendo el sosten de ese anciano! oh! yo no puedo olvidar los cuidados que le he prodigado, las noches que he velado junto á su lecho, sus dolores, que he presenciado. Dios ha querido que le pague el mal con el bien, y yo le bendigo por ello! Perdónale tú por mí, perdónale por nuestra madre.

—Por nuestra madre! olvidas que ella...?

—No confundas el extravío de la razon con el deseo del alma: nuestra madre deliraba al formular tales palabras! Dios tampoco puede permitir la venganza; Dios nos ordena el olvido de las ofensas, y nosotros, todos los dias al rogar por la paz de nuestros padres muertos, le rogaremos que les perdone, así como nosotros perdonamos; por ellos, pues, por ellos debes tener piedad de un anciano, bien castigado ya con sus remordimientos; y ¡ay! que acaso tardará muy poco en morir. La enfermedad y el arrepentimiento se disputan su vida hace años.

—Pero el otro, el asesino...!

—Al herirle, herirás á un inocente, desgarrarás el alma de esa niña que se sacrifica voluntariamente por dar la dicha á los demás.

—Ella, con esa accion, borra la culpa de su padre, exclamó Adriana poniendo su mano sobre la cabeza inclinada de Andrea; ella le redime, si nó ante los hombres, sin duda ante Dios.

Armando no pudo resistir mas, y mirando con compasion á aquella desgraciada y noble niña,

—Sea, la dijo; levántate y sé la mensajera de la misericordia y el olvido, y que tus lágrimas de gratitud caigan como un bendito rocío sobre la tumba de mis padres.

—Oh! gracias, gracias, Dios mio; bendita sea su bondad.

—Solo exijo una cosa, una no mas: que no se cruce nunca ese hombre en mi camino!

—Oh! exclamó Rafael, no: hoy será arrojado de nuestra casa para siempre.

—Nosotros nos iremos, nosotros saldremos de aquí; pero por Dios que todos ignoren la causa, exclamó Andrea.

—Tú también! dijo con pesar Adriana.

—Señorita, las culpas de los padres caen sobre los hijos, respondió la niña lentamente; V. me lo ha dicho muchas veces, pero también me ha enseñado á tener resignacion: los hombres honrados legan á su posteridad el aprecio y los honores.... los que cometen una culpa, solo dejan á sus hijos una herencia de afrenta y de lágrimas.

Nadie contestó á estas palabras, que encerraban una tan terrible verdad.

—Y tú, qué harás? preguntó Armando dirigiéndose á Margarita.

—Volver junto al señor de Enriquez y anunciarle que puede dormir tranquilo, porque los hijos del conde de Fuensanta le perdonan, y no revelarán su secreto.

—Pero despues...?

—Despues, se apresuró á decir Rafael; se trasladará á la casa de mis padres, si soy digno de obtener su mano.

—Y mi padre quedará solo! murmuró sombríamente Carlos, á quien Margarita, en breves palabras, acababa de revelárselo todo.

—Solo, no, exclamó dulcemente Andrea; nosotros iremos á su lado: permitidnos ir á vivir á la quinta; el señor de Enriquez y mi padre podrán hablar del pasado y llorar juntos su culpa, y yo podré hablarles del poder del arrepentimiento y sostener su esperanza!

Poco tiempo despues, en el oratorio de la quinta de Avendaño se celebraban dos bodas al par, y el anciano y noble D. Diego tenia dos hijos mas, en Arabela y en Armando, conde de Fuensanta.

—Sin tu amor, decia éste á Adriana, cuya be-



lísima frente competía en blancura y pureza con su corona de azahar; sin tu amor, hoy mi porvenir hubiera sido bien triste, mi mano estaría manchada con la sangre del que ya es mi padre, y mi corazón, oprimido bajo el peso de un crimen. Oh! la luz de tus ojos iluminó mi camino y me salvó de caer en el abismo.

—No, respondió la joven desposada; no soy yo á quien lo debes todo: es á Andrea, á esa niña inteligente y noble, á esa niña superior que se ha sacrificado por mi bien.

—Ella había hallado en tí protección y amparo; tú la has enseñado á pensar, á creer y amar, mostrándole el camino de la virtud y el deber; su conducta, pues, es obra tuya. Dios jamás dejó sin premio una buena acción.

—Pero ella....

—Ella es feliz! el nombre de su padre permanece puro y honrado, que era su mas ardiente deseo; y hoy, colocada entre esos dos hombres, será su ángel de redención; no la compadezcas! Su alma virgen está satisfecha, porque solo el anhelo del bien la anima hoy, y al ver convertidos y transformados á esos dos ancianos, á quien ha consagrado su vida, dirá llena de santa alegría: «¡Señor, benditas sean mis lágrimas pasadas sin han rescatado á dos almas.»

—Pero me permitirás ir á verla todos los días, es verdad?

—Sí, Adriana, sí: tú y mi hermana pasareis con ella algunas horas diarias y la ayudareis en su noble misión, y mañana, cuando llegue á ser esposa y madre, Dios la bendecirá en sus hijos y la hará feliz en premio de su virtud.

La profecía de Armando se cumplía algunos años mastarde, y Andrea, después de haber cerrado los ojos de aquellos dos hombres, á quien había consagrado su juventud, y quemurieron purificados por la penitencia y el arrepentimiento, fué á hacer la gloria y el orgullo del hombre, que tuvo la dicha de llamarla esposa.

Epriqueta Lozano de Vilchez.

## HIMNO Á LA DIVINIDAD.

Señor, tú eres santo; yo adoro, yo creo:  
Tu cielo es un libro de páginas bellas,  
Do en noches tranquilas mi símbolo leo  
Que escribe tu mano con signos de estrellas.

Plegadas de espanto las trémulas alas,  
Delante del trono tus ángeles ves:  
¿Quién sabe tus glorias? ¿quién cuenta tus galas  
Si el sol es el polvo que pisan tus piés?

Tú enciendes el cráter del Etna y Vesubio,  
Y al mar señalaste linderos prescritos:  
Tu amago de enojo produjo el diluvio,  
Tu enojo el infierno, do están los precitos.

En vano con sombras el caos se cierra:  
Tú miras al caos: la luz nace entonces;  
Tú mides las aguas que ciñen la tierra,  
Tú mides los siglos que muerden los bronce.

De largo reposo dictándoles leyes  
Alzastes los montes, gigantes dormidos,  
Poniendo en algunos á guisa de reyes,  
Diademas de fuego, volcanes temidos.

El mar á la tierra pregunta tu nombre,  
La tierra á las aves que tienden su vuelo;  
Las aves lo ignoran, preguntan al hombre,  
Y el hombre lo ignora, pregúntalo al cielo.

El mar con sus ecos ha siglos ensaya  
Formar ese nombre, y el mar no penetra  
Misterios tan hondos, muriendo en la playa,  
Sin que oigan los siglos ó sílaba ó letra.

Lo mismo con arpas de antiguo concierto  
Del Líbano altivo los cedros ensayan,  
También los torrentes con voz del desierto:  
Mas auras, torrentes y cedros desmayan.

Señor, tú eres santo: yo te amo, yo espero:  
Tus dulces bondades cautivan el alma:  
Mi pecho gastaron con diente de acero  
Los gustos del mundo vacíos de calma:

Son gustos falaces, que pasan cual flores,  
Efímeras dichas, verdura en las eras:  
¡Ah...!!! dame la vida de días mejores,  
Sin hoy, sin mañana, sin horas ligeras.

Y en tanto que arrastro por duro destierro  
La vida que hoy nace y al término toca,  
Que gime sujeta con lazos de hierro,  
Concede, Dios mío, su pan á mi boca.

Concede á mis penas la luz de bonanza,  
La paz á mis noches, la paz á mis días,  
Tu amor á mi pecho, tu fé y tu esperanza,  
Que es bálsamo puro que al ánima envías.

Juan Arolas.



## SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

—Ahora creo que esta señorita accederá á mis ruegos, y nos dará el placer de que la escuchemos.

—Sí, padre mio, Elena es complaciente y va á ocupar mi lugar.

—Sé tan poco, murmuró ésta; que apenas me atrevo á reemplazar á Fanni.

—Yo la he oído alguna vez, y quisiera escucharla ahora, una música dulce como un recuerdo y triste como una queja, que un día, no ha mucho, tocaba V. en su gabinete, y yo admiraba desde nuestro jardín.

—Procuraré complacer á V., dijo Elena; no sé si acertaré á satisfacer sus deseos, pero creo que le comprendo perfectamente.

La jóven ocupó el asiento que Fanni dejara, y un mundo de armonía dulce, melancólica y vibrante, llenó todo el salon y conmovió todos los corazones.

Héctor sintió despertarse en su mente la imagen del pasado, y su pecho se llenó de angustia, y una ola de amargura inundó su alma.

Aquella música trajo á su memoria la memoria de otros días, y aquel recuerdo pesaba sobre su corazon como una losa de mármol.

La sonrisa que vagaba en sus labios ocultaba un afán infinito: la mirada que brillaba en sus ojos estaba impregnada de agonía y de anhelo, y tras la serenidad de su frente bullían en inmensa confusión ideas de amor, de duda, de remordimiento.

Aquel hombre tan dueño de sí siempre, tan frío, tan calculador, sin poderse dominar ahora, no ocultaba sus impresiones; y miraba á la jóven sin cesar, esperando que acabase de tocar con una impaciencia febril.

Cuando los dedos de Elena arrancaron de las teclas el último sonido, Héctor se acercó á ella, y sin cuidarse de los que les rodeaban,

—Señorita, dijo; estará V. fatigada, acepte V. mi brazo, y....

—Yo!

—Es preciso que hablemos un instante, la dijo el banquero muy bajo; es preciso que hablemos sin que nadie pueda escucharnos.

La jóven, dominada por aquel acento, dejó su sitio, y apoyó su mano en el brazo de Héctor.

Este no sabía qué hacer.

Pero tratando de lograr su objeto, invitó á sus convidados á bajar un instante al jardín.

Unos aceptaron, otros pasaron al gabinete de juego, y así creyó encontrarse libre por algunos instantes, y salió con Elena de la estancia.

Ricardo, impulsado por no sé qué afán extraño, tomó á su vez el brazo de Fanni, y les siguió á lo lejos con algunas personas mas, que preferían respirar el ambiente libre de la noche, á la cálida atmósfera de los salones.

El banquero bajó la escalera, atravesó el patio y algunos cenadores, penetró en las calles solitarias entonces del jardín, y condujo á Elena á una glorieta de jazmines, aislada en medio de aquel espacio, donde todos podían verlos, pero ninguno escuchar sus palabras.

—Elena! dijo el banquero oprimiendo el brazo de la jóven, y sin poder dominarse; Elena, su madre de V. se llamaba Consuelo, es verdad?

—Oh! sí, respondió ella en voz muy baja; sí, Consuelo!

—Y su padre...?

—Mi padre! ah señor! anoche he pasado muchas horas en leer un manuscrito, en que la desventurada madre de mi alma ha consignado día por día las horas de su existencia.

—Entonces....

—Lo sé todo... todo!

—Elena!

—Sé que mi padre partió hace muchos años de Madrid, y que dejó á mi madre desmayada en el cuarto de una fonda.

—Ah!

—Que ignora, sin duda, que murió dos días después en el lecho de un hospital! que ignora quizá, hasta hoy, si yo existía.

—Sí, lo ignoraba!

—Pero ahora lo sabe.... debe saberlo, y además....

—Siga V.

—Además, debe saber que la triste Consuelo, lejos de culparle, le amaba.... le amaba siempre, y que enseñó á su pobre hija á quererle y á rogar por él.

—Consuelo!

—Que sus últimas palabras, sus últimos deseos han sido ver al padre y á la hija unidos, ver al padre y á la hija ligados por un santo amor.

—Pero V....

—Yo.... yo al verle, al sentir su mirada caer sobre mi frente, olvido todo lo pasado, perdono en nombre de mi madre; solo pienso que ya tengo padre.... y solo espero que él me abra sus brazos para arrojarme en ellos!

—Hija! exclamó el banquero envolviendo en una intensa mirada de amor á Elena, pero hablando bajo, tan bajo que apenas sus labios modulaban aquel grito de su alma.



—Padre mio! murmuró la niña en el mismo tono, y queriendo arrojarle á su cuello.

—Nos observan, dijo Héctor; nos observan ahora.

—Y qué importa? qué hay digno de ocultarse en este santo cariño?

—Oh! yo apareceria culpable ante el mundo llamándote hija mia.

Elena inclinó la frente sobre el pecho y guardó silencio.

—Pero yo seré tu padre, un padre tierno y amante, que te hará olvidar, á fuerza de dicha, todos los dolores pasados. Oh! Elena, hija mia, si supieras cuánto he sufrido á mi vez! Cuando me separé de tí eras muy niña, tan niña, que yo no supe comprender la inmensa dulzura que derrama en el corazon el oírse llamar padre, por los labios inocentes de un hijo. Pero despues, cuando Fanni creció á mi lado, empecé á experimentar en mi alma un sentimiento mas puro, mas noble que los que hasta allí habia experimentado.

El amor de aquella niña era mi delicia, y mi tormento á la vez, porque al amarla á ella empezaba á amarte á tí: sus sonrisas me recordaban tus sonrisas, sus caricias las caricias tuyas, que yo habia rechazado, y los cuidados que el amor me hacia prodigarla eran mi castigo, porque pensaba, lleno de un terrible remordimiento, en los cuidados de que te habia privado. Oh! con qué afán pensaba en tí entonces! cómo anhelaba volver á España para encontrarte, y para borrar á fuerza de amor el pasado!

—Oh! padre, padre, nos observan, dijo á su vez Elena, viendo la exaltacion de Héctor; y V. ha dicho que esto le haria perder su buen nombre.

—Tienes razon, tienes razon. Yo debo sufrir un castigo, y qué castigo mayor que tener qué parar los latidos del corazon, cuando el corazon salta del pecho!

Elena tenia razon.

Aquella conversacion, animada y larga, empezaba á llamar la atencion de los convidados de Héctor.

Uno sobre todo: Ricardo hubiera dado la mitad de su vida por oír una siquiera de aquellas frases.

El jóven tenia celos.

El banquero, aunque hubiese pasado ya los límites de la juventud, conservaba sin embargo una noble figura, una finura exquisita y un aspecto digno y agradable que aun pudiera deslumbrar á Elena.

(Continuare).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## UNA IMÁGEN DE LA VÍRGEN.

SUCEDIDO.

(Conclusion).

Enmudeció Pilar, y le pareció ver á su hija errante, sin asilo, pedir limosna de puerta en puerta. Y Dolores volvía cantando con sus flores, cuando la pobre madre, para ocultar sus lágrimas, solo pudo echarse en sus brazos.

El dia siguiente fué muy triste y largo, sin que Pilar tuviese valor para anunciar á su hija la desgracia que les amenazaba.

Por la noche oró con más fervor delante de su Virgen, y despertándose antes de amanecer, la vió llena de brillante claridad: era la luz de la luna que penetrando por una grieta del techo la bañaba con sus puros y templados rayos. Entonces sintió renacer la calma en su corazon.

—¡Oh Madre Santísima! exclamó en voz baja para no despertar á su hija; Madre de las madres, bien sabia yo que no me abandonaríais en esta desgracia.

Volvió á quedarse dormida, y soñó que la Virgen le tendía los brazos, y que apartando á unos hombres de mal aspecto, le daba una bolsa de oro, pan muy blanco y muebles nuevos que tanto necesitaba; pero el recuerdo de su verdugo la despertó sobresaltada. Era ya de dia. Dolores trabajaba hacia largo rato.

—¿Cómo habeis dormido esta noche, madre mia? dijo luego que la vió.

—¡Ah! respondió Pilar; será la última noche que dormiré en esa cama en que paso mis noches hace cuarenta años. ¡Oh! hija mia, pobre hija mia! de hoy en adelante sobre las piedras del campo reclinaremos nuestras cabezas.

Y le refirió entonces la visita del casero, su dureza y sus crueles amenazas, que pronto iban á realizarse.

No habia acabado de hablar, cuando oyó las pisadas de varias personas, y el casero se presentó acompañado de los esbirros y del escribano. Sentóse el escribano, sacaron los trastos al camino, y se empezó la almoneda ante un corto número de personas atraídas por aquel triste espectáculo.

Pero valian tan poco los objetos pregonados, que el casero temia no sacar del ajuar mas de una onza de oro. Solo habia producido la venta los dos tercios de esta suma, y ya no quedaba sino un espejillo roto y la imagen de la Virgen colgada con cuatro clavos. Á su pié estaban arrodilladas las dos pobres mujeres pensando en



Jesucristo cuando los verdugos repartían sus vestiduras.

—No queda nada, dijo el pregonero; regístrese otra vez, y veamos si pueden sacarse algunos cuartos más.

Entró un alguacil y comenzó á desclavar la imagen; entonces las dos mujeres prorrumpieron en un grito de angustia y terror.

—¡Cómo! exclamó Pilar llorando: ¿me quitais también mi imagen? ¡Ah, Dios mío! esta es la mayor de mis desgracias. Considerad que es mi último bien, mi único consuelo. Ven, hija mía, ven á ver si nuestra súplicas enternecen á estos hombres.

Y Dolores se echaba á los pies de los esbirros, y Pilar pugnaba por defender su imagen querida.

Este altercado llamó la atención del casero, el cual, amostazado con el mal éxito de la venta, entró con brusco ademán en la habitación.

La pobre mujer le dijo sollozando:

—Todo me lo habeis quitado, porque al fin vuestro era, no pudiendo pagaros; pero ahora quieren quitarme esta imagen, que tanto amo, ante la cual rezo mis oraciones todos los días. Esta imagen vió nacer á mi hija, y recibió la última mirada de mi marido, pues la tenía en el día de mi boda, y es todo lo que me queda de aquel día. ¡Por piedad, por piedad! ¿De qué os puede servir, cuando, vieja como yo, está próxima á convertirse en polvo?

Y el llanto no le dejó proseguir.

Aquel hombre feroz por única contestación sacó un cuchillo y arrancó los clavos que sujetaban en la pared la querida imagen, dándosela al pregonero.

—¿Quién quiere esta soberbia pintura por cuatro cuartos? dijo este en alta voz. Cuatro cuartos, ¿nadie puja?

Acercóla á los espectadores, entre los cuales habia un grupo de caballeros que estando paseando por las orillas del Aveyron por mera curiosidad se habian acercado al lugar de la venta.

Pilar se habia desmayado de dolor, y su hija procuraba volverla en sí llorando como una Magdalena.

—Cuatro cuartos, repitió el pregonero. ¿No hay quien puje y quiera la Virgen?

—Cinco cuartos, dijo una aldeana llamada María.

—Veinte reales, respondió uno de los caballeros que acababa de fijar sus miradas en el cuadro.

El pregonero se quedó tan estupefacto que todos se echaron á reír.

—Ochenta reales, añadió una segunda voz que salió del grupo.

—Ochenta reales, repitió maquinalmente el pregonero.

—Ciento veinte, gritó la primera voz.

—Media onza, añadió la segunda.

—Una onza.

—Dos onzas.

—Mil reales.

—Mil y quinientos.

—Dos mil.

—Dos mil reales, repitió el pregonero, mientras circulaba un murmullo de admiración entre la concurrencia.

—Tres mil reales, dijo uno de los postores sin poderse contener.

—Cuatro mil.

—Seis mil.

—Ocho mil.

—Diez mil.

—Yo doy doce mil, añadió el otro impasible.

Hubo un momento de silencio, y en seguida dijo el pregonero dos veces lentamente.

—Doce mil reales, doce mil reales. ¿Nadie puja? Adjudicado.

—Caballero, dijo uno del grupo, pintor de profesión que á la primera ojeada habia reconocido en la imagen una preciosa obra de Murillo: hubiera dado mi pobre caudal de artista por esa joya, pero vos que sois comisionado del gobierno y disponeis de más fondos, es natural que me hayais vencido. Cuando vuelva á París la veré en el museo, y allí será casi mía.

Y diciendo esto se alejó mientras su antagonista guardaba con sumo esmero la pintura en cambio de tres billetes de á cuatro mil reales que los circunstantes contemplaban asombrados.

Cuando volvió en sí Pilar, apenas podia creer lo que le dijeron. Era casi rica.

Desde entonces todos los años en el aniversario de la venta mandaba decir una misa y poner una vela en la capilla de la Virgen. Habia comprado otra nueva imagen de la Señora que le recordaba la que habia perdido. Mas al arrodillarse todas las noches ante la nueva imagen, una lágrima asomaba á sus ojos, y de su corazón se lia un prolongado suspiro.

—¿Qué será, decía, qué será de mi Virgen que usó conmigo de su inagotable misericordia?

Y una voz interior le contestaba: Mira al cielo, que allí está siempre la que es vida, dulzura, y esperanza nuestra.

(Revista popular).

GRANADA:

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES,  
calle Alta del Campillo, números 21 y 25.